







# DORAYAKI

CHAI EDITORA



Durian Sukegawa

# DORAYAKI

Traducción de AMALIA SATO

# Sukegawa, Durian

1. Narrativa Japonesa. 2. Literatura Japonesa.

Este libro fue publicado por primera vez en 2013 por Poplar Publishing Co., Ltd.

Una edición revisada fue publicado por primera vez en 2015 por Poplar Publishing Co., Ltd.

La traducción al español se realizó con el acuerdo de Poplar Publishing Co., Ltd. a través de Japan UNI Agency, Inc., y Vicki Satlow of The Agency SRL.

Título original: *An*

© Del texto, Durian Sukegawa, 2013, 2015

© De esta edición, Chai Editora, 2024

© De la traducción, Amalia Sato, 2024

Diseño de tapa

Ese Estudio

Foto de tapa

Gabriela Brewer

Revisión y corrección de la traducción  
Soledad Urquia

Corrección

Florencia Parodi

Diseño de colección, web e identidad  
Lamas Burgariotti

Primera edición

Febrero 2024

ISBN: 978-631-90050-4-2

Hecho el depósito que marca la ley  
11.723

Austria 1840 depto V.  
(C1425EGD)  
Ciudad de Buenos Aires,  
Argentina

[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)







# 1

Una brisa dulce soplaba a lo largo del callejón de los cerezos.

Sentaro estaba atento a la plancha de hierro preparando *dorayakis* como todos los días. La tienda Doraharu se ubicaba al final de un callejón, en una zona comercial muy concurrida que llamaba más la atención por la cantidad de locales con persianas bajas que por los *sakuras* plantados por aquí y por allá. Pero ese día, quizá porque los árboles estaban en plena floración, había más gente de lo habitual.

Una anciana estaba parada a un costado de la calle. Sentaro la miró y hundió una vez más los ojos en el cuenco en el que preparaba una mezcla. Supuso que la mujer estaba ahí entregada a la contemplación de las copas de los *sakuras* porque justo delante de la tienda había uno lleno de flores: era una constelación de pequeñas nubes en ebullición. Pero, cuando volvió a levantar la vista, la mujer, que llevaba un sombrero blanco, todavía seguía allí y no observaba al *sakura* sino que parecía estudiarlo a él. La saludó discretamente con una inclinación de cabeza. Entonces ella, con una sonrisa segura, se acercó lentamente pero con paso firme.

A Sentaro le resultó conocida. Hacía unos días había comprado un *dorayaki*.

—Esto —la anciana señaló con un dedo torcido el papel pegado en la puerta de vidrio—. De verdad, ¿la edad no importa?

Sentaro dejó de mover la mano con la que sostenía una espátula de goma.

—¿Lo pregunta por un nieto?

Ella parpadeó varias veces con un solo ojo. Se levantó viento y el *sakura* tembló. Unos pétalos rosas volaron hasta la plancha de hierro.

—Bueno... —ella inclinó el cuerpo hacia adelante—. ¿Será que puedo postularme?

—¿Cómo? —dijo Sentaro por toda respuesta.

La anciana señaló su nariz con el dedo índice para subrayar que ella era la interesada.

—Siempre quise un trabajo como este —dijo al final.

Él no pudo reprimir su descortesía y largó una carcajada.

—¿Y cuántos años tiene, si se puede saber?

—Setenta y seis recién cumplidos.

¿De qué manera podría rechazarla sin ofenderla? Mientras buscaba las palabras, movía en círculos la espátula de goma dentro del cuenco.

—Es que es muy poco dinero, son solo seiscientos yenes.

—Perdón, ¿cómo dijo? —la mujer rodeó su oreja con una mano para oír mejor.

Sentaro inclinó su cuerpo hacia adelante, de la misma manera en que se aproximaba a los niños o a los ancianos para entregarles los pasteles *dorayaki*.

—Pagamos muy poco la hora. Nos gustaría contar con ayuda pero para esta búsqueda y por su edad...

—Ah, si es por eso... —un dedo torcido fue señalando cada letra del papel en la puerta—. Me podría pagar la mitad, no hay problema. Trescientos yenes.

—¿Trescientos? —dijo Sentaro y los ojos de la mujer se relajaron bajo su sombrero—. Disculpe pero no me parece razonable. Perdone, sepa comprender.

—Me llamo Yoshii Tokue.

—Ah...

Parecía sorda, quizá no entendía bien las cosas. Sentaro entrecruzó las manos delante del pecho.

—Sepa disculpar.

—Bueno, entonces...

Yoshii Tokue lo miró fijamente por un rato. Sentaro notó la asimetría del cuerpo de la anciana.

—Es bastante esfuerzo corporal así que creo que...

Tokue abrió la boca y suspiró. Después, señaló con el dedo a sus espaldas.

—¿Quién plantó este *sakura*?

—¿Perdón?

Ella levantó su cara hacia la copa del árbol.

—Este *sakura* —repitió.

Sentaro miró el cerezo colmado de flores.

—¿Quiere saber quién lo puso ahí? —preguntó él.

—Alguien debe haberlo hecho.

—Perdone pero como no crecí aquí...

Tokue parecía tener mucho para decir pero, al ver que él volvía a tomar la espátula para seguir trabajando, dijo que iba a regresar otro día y empezó a caminar en dirección contraria a la estación de tren. Se movía de forma extraña, rígida. Sentaro desvió la mirada y retomó su tarea con la mezcla.



En la tienda Doraharu no había días de franco y todas las mañanas se levantaban las persianas unos minutos después de las once. Sentaro se ponía la ropa que usaba para cocinar unas dos horas antes para empezar con apuro los preparativos para cocinar *dorayakis*. La mayoría de los pasteleros se tomaban más tiempo para hacer la masa pero Sentaro era incapaz de organizarse bien y en Doraharu las cosas se hacían así.

Esa mañana Sentaro, todavía con sueño, bebió una lata de café y después empujó con los pies una caja de cartón corrugado desde el pavimento hasta el interior de la cocina. La caja contenía *an*, la pasta de *azuki* industrial que usaba para rellenar sus *dorayaki*. Su antiguo jefe había usado ese tipo de *an* y Sentaro simplemente había seguido haciendo lo mismo. Cada tanto un comerciante le despachaba cinco kilos de pasta importados desde China.

En la caja que arrastraba Sentaro por el piso estaban los potes de plástico con el *an* que se mezclarían con los restos del día anterior. No era ilegal reciclar la pasta de esta manera pero tampoco era lo usual en las tiendas de dulces consideradas honradas. En Doraharu confiaban en que si se refrigeraba la pasta durante poco tiempo, ni el aroma ni la calidad se alteraban demasiado.

Así se trabajaba en la tienda y si bien no iba camino a la bancarrota, tampoco era próspera. Nunca se vendía lo suficiente como para usar ni la mitad de un recipiente de plástico y lo que quedaba se guardaba en la heladera hasta el día siguiente, cuando se mezclaba con pasta nueva. Después, Sentaro tenía

que preparar la masa para los panqueques. Había proveedores que podrían vendérsela pero era cara y por eso la hacía él mismo. Colocaba todos los ingredientes dentro de un cuenco y los mezclaba. Ponía al fuego una plancha de hierro y, cuando la temperatura era la adecuada, dejaba caer con cuidado un cucharón de la mezcla a la que le daba la forma de un *gong*. Cuando los panqueques, pequeños y esponjosos, adquirían el dorado correcto, los acomodaba en un recipiente que los mantenía calientes. Para entonces ya se había hecho la hora de abrir. Sentaro suspiraba y levantaba la persiana. Nada en su interior lo impulsaba a hacer lo que estaba haciendo y la expresión de su cara no cambiaba en lo más mínimo.

Esa tarde, mientras Sentaro estaba en la cocina comiendo una vianda que había comprado en el *konbini*, apareció el sombrero blanco al otro lado de la puerta de vidrio.

—La anciana —murmuró para sí mismo.

Ella caminaba hacia él con una gran sonrisa y a Sentaro no le quedó otra opción que ponerse de pie.

—La señora Yoshii, si mal no recuerdo.

—Así es —respondió ella debajo del sombrero.

—¿Qué se le ofrece?

Yoshii Tokue sacó una hoja de papel de su cartera. Estaba escrita con tinta azul, en una caligrafía muy particular: cada trazo parecía danzar dando saltos.

—Así se escribe mi nombre con ideogramas.

—Ah —Sentaro apenas le echó un vistazo—. Disculpe pero no será posible un trabajo *part time* —dijo y rechazó el papel.

—Como ve... mis dedos están un poco enfermos. Así que podría ser menos de lo que estuvimos conversando. Con doscientos yenes estaría bien.

—¿A qué se refiere?

—Al pago por hora.

—Es que no es por eso. La tienda ya no toma empleados —aclaró.

Entonces, al igual que la vez anterior, lo único que ella hizo fue mirarlo fijamente. Él dio un paso atrás y extendió la mano para tomar un *dorayaki* de la caja. Lo envolvió para dárselo, quería suavizar la incomodidad del momento.

Como si hubiera adivinado lo que Sentaro estaba pensando, ella preguntó:

—¿El *an* también lo prepara usted?

—Bueno, eso es un asunto confidencial de la tienda —respondió él algo nervioso. ¿Habría visto algo? Miró hacia atrás para chequear. Sobre la mesada de la cocina, además de la vianda del *konbini*, había quedado el pote de plástico de *an* con la tapa abierta y la cuchara clavada. Para ocultar la mesada de la vista de Tokue, Sentaro se movió hacia un costado.

—El otro día probé un *dorayaki* de esta tienda, el panqueque me pareció bien, pero la pasta *an* un poco...

—¿La pasta *an*?

—No se percibía nada de los sentimientos de la persona que la había preparado.

—¿De verdad? Suena raro... —Sentaro sabía que el *an* de su tienda jamás podría transmitir algo así, pero puso cara de sorpresa, como si ella le estuviera diciendo algo insólito.

—Parecía que le faltaba algo.

—El *an* es un asunto delicado. ¿Usted, señora Yoshii, lo ha preparado alguna vez?

—Desde siempre. Llevo cincuenta años preparando *an*.

A Sentaro casi se le cae al piso el pastel que estaba por meter en la bolsa de papel.

—¿Cincuenta años?

—Sí, exactamente medio siglo. El *an* es una cuestión de alma, joven.

—Ah... así que de alma.

En el momento exacto en que le ofrecía el paquete con el *dorayaki*, Sentaro sintió que un viento repentino los envolvía.

—Disculpe, pero nuestra tienda no toma empleados.

—¿De verdad?

—Lo siento mucho.

Ella volvió a mirarlo fijamente, enfocando desde un lado y del otro con los ojos desviados. Luego sacó de su cartera un monedero de tela.

—Es una cortesía de la casa.

—¿Qué dice?

Tokue fue colocando monedas de diez yenes sobre la barra que había al lado de la puerta de vidrio. Todos sus dedos estaban un poco torcidos y el pulgar se doblaba hacia el dorso de la mano.

—Con ciento cuarenta yenes está bien, ¿no?

Agarraba las monedas con dificultad y le tomó un tiempo reunir la moneda de cien y las de diez.

—Una cosa más, joven.

—Diga.

—Por favor, pruebe esto.

De su cartera sacó un *tupper* redondo en una bolsa de plástico. Sentaro pudo ver a través de la bolsa que contenía una sustancia negra.

—¿Qué es esto?

Apenas Sentaro tomó el *tupper*, Tokue comenzó a alejarse de la tienda

—¿Qué es esto? ¿An?

Ella ya se marchaba con el cuerpo encorvado mientras asentía con la cabeza. Después desapareció en la esquina.